

“Escombros”

por Seraphim Yoho, Estados Unidos



La primera vez que florecí me culpé. Señalé con el dedo mis propios hábitos, decidiendo que la maleza dolorosa de mi jardín tenía que haber sido a consecuencia de la falta de riego o de que mi fertilizante no contenía suficientes nutrientes. Me quedé en silencio mientras la cosecha moría y regresaba.

La quinta vez que florecí, mi jardín comenzó a marchitarse. El suelo se secó y perdió su color. Finalmente le mostré a alguien mis flores ácidas cuando se volvieron demasiado insoportables para atenderlas sola. Fue un largo camino de dolor; mi jardín fue arrancado de raíz, y mis malezas fueron destrozadas y cortadas. El paisaje me dejó cojeando, encogido como un animal herido. Fui humillada, exponiéndome a los demás, envuelto en una enorme hoja de culpa, insistiendo en que esto todavía tenía que ser todo culpa mía.

La sexta vez que florecí, estaba demasiado débil para seguir esperando. Pasé horas solo, repasando las palabras de todos los médicos que vi, todos los diagnósticos que me dieron y todos los medicamentos recetados. Al final, solo encontraría la fuente de las malezas en mi jardín.

La décima vez que florecí, pinté un cuadro. En lugar de manchas de piel, heridas de túneles y anillos pegajosos del adhesivo del vendaje, pinté lo que realmente deberían ser.

Las flores

Mi jardín es mío, y comparto el daño después de su cosecha episódica con muchos otros. Me niego a dejar que este paisaje me deje como un desierto estéril. Sus acres son tanto mi gracia como mi dolor. He aprendido a encontrar la belleza en sus estaciones.

Tengo quince años y me diagnosticaron HS hace aproximadamente un año y medio.